NARANJO

DEPONGO mi soberbia y me despido.
Vuelvo a mi mundo vegetal, intacto.
Y perdonadme todos si deserto
y recobro mi forma de naranjo.

No soy una mujer. Nunca lo he sido.
Jamás llevé mi carne con agrado.
Me duele la cintura enormemente,
como un tronco desnudo y golpeado.

Siento mis brazos, como ramas nuevas
creciéndome en el viento, cabalgados
por pequeños azahares. Y regreso.
Os lo repito: perdonad, hermanos.

Treinta años llevo ya junto a vosotros,
sumisa he dado mi quehacer diario.
Pero todo es inútil, ved mi risa:
es como un triste, inconmovible tallo.

Ya veis, no puedo, aunque quisiera,
hablar humanamente a vuestro lado.
Ved mis manos qué frías. Como hojas
plagiadas por las aguas de los lagos.

Sin embargo, he cumplido. Fuí la hembra
dócil para el amor, dura en el parto.
Os dejo algunos versos. Y este hijo.
Es todo cuanto soy y cuanto valgo.

Fué un error, os lo digo. Y es preciso
volver hasta el principio y enmendarlo.
Mi carne es sólo un fruto jubiloso,
redondo y puro, silencioso y cálido.

Venid un día y os daré mi sombra
como un inmenso y maternal regazo.
Toda la luz que ahora me golpea
beberéis en la copa de mis labios.

No puedo detenerme, porque un viento,
generoso y fugaz, me ha fecundado.
Y he de dar mis naranjas encendidas
nueve meses después de este milagro.



ANGELINA GATELL